Lc 14,1.7-14 Bienaventurado el que coma en el Reino de Dios

Sabemos que el evangelista Lucas tiene preferencia por las reuniones en torno a la mesa como ambientación de diversos episodios del ministerio de Jesús. El Evangelio de este Domingo XXII del tiempo ordinario nos transmite normas de conducta dadas por Jesús en el curso de una comida en casa de un fariseo: «Sucedió que, habiendo ido en sábado a casa de uno de los jefes de los fariseos para comer, ellos lo estaban observando».

No se registra en los Evangelios algún caso en que Jesús rechace la invitación de alguien a comer en su casa. Es una ocasión que Jesús considera propicia para evangelizar. En efecto, después de relatar el llamado al publicano Leví (a quien el primer Evangelio llama Mateo), Lucas agrega: «Leví le ofreció en su casa un gran banquete. Había un gran número de publicanos, y de otros que estaban a la mesa con ellos» (Lc 5,29). Esto dio ocasión a los fariseos para reprochar a sus discípulos: «¿Por qué comen y beben con publicanos y pecadores?» y a Jesús para darnos una importante enseñanza: «No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores» (Lc 5,32). En otra ocasión, el mismo Jesús expresa la necesidad de que Él aloje en casa de Zaqueo, que era «jefe de publicanos y rico»; era para que se cumpliera también allí la finalidad de su venida: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa... pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,9.10).

No menos frecuente es la comida de Jesús en casa de algún fariseo. Debemos recordar que los fariseos eran el grupo más religioso y observante del tiempo de Jesús. En efecto, el nombre «fariseo» no tenía la connotación negativa que tiene hoy. El nombre «fariseo» proviene del término hebreo «parush», que significa «separado», se entiende, separado de los ambientes mundanos, con el fin de observar fielmente la Ley y unirse más fácilmente a Dios. De entre los fariseos llamó Jesús a sus primeros discípulos, el más grande de todos, el mismo San Pablo, quien, en medio del sanedrín, cuando era juzgado, grita: «Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos» (Hech 23,6; Fil 3,5). Los hermanos amados por Jesús, Marta, María y Lázaro, eran de ese grupo, como lo expresa Marta profesando una creencia farisaica esencial respecto de su hermano recién muerto: «Sé que resucitará en la resurrección, el último día» (Jn 11,24). Se revela

de ese grupo el mismo Pedro, cuando exclama ante la orden divina de comer animales considerados impuros: «Jamás he comido algo profano o impuro» (Hech 10,14).

Pero precisamente porque los quiere es que Jesús los reprende, cuando esa religiosidad se ha vuelto en ellos meramente externa, consistente en múltiples observancias, mientras el corazón está lejos de Dios. Por eso, comiendo en casa de uno de ellos, les reprocha: «Ustedes, los fariseos, purifican por fuera la copa y el plato, mientras por dentro están llenos de rapiña y maldad... ¡Ay de ustedes, los fariseos, que pagan el diezmo de la menta, de la ruda y de toda hortaliza, y dejan de lado la justicia y el amor a Dios!» (Lc 11,39.42). Y advierte a sus discípulos contra esa actitud: «Guardense de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía» (Lc 12,1). De estas advertencias de Jesús es que el término «fariseo» ha adquirido en nuestra lengua el significado de «hipócrita».

Jesús fue, entonces, invitado a comer a casa de uno de los jefes de los fariseos. Podemos suponer que fue invitado con el auténtico interés de saber lo que Él enseñaba y observar su comportamiento: «Ellos lo observaban atentamente». Pero también Jesús los observaba a ellos y notando que tenían particular interés el ocupar los puestos de mayor honor, aprovechó esa circunstancia para exponer su enseñanza, que el evangelista llama «parábola», es decir, con una dimensión de revelación: «Les dijo una parábola». La enseñanza puede considerarse de mera sabiduría y educación humana: no ocupar los primeros puestos para no tener que dejarlo a otro de mayor rango. Pero es una revelación de la preferencia de Dios. Dios concede el primer lugar a los humildes, a los que entre los hombres no pretenden honores. Lo vemos en los casos más emblemáticos: Jesús y su Santísima Madre. Jesús dice sobre sí mismo, cuya Persona es divina: «El Hijo de hombre no ha venido a ser servido sino a servir» (Mc 10,45). Él ocupó el ultimo lugar: «Tomó la condición de esclavo... se humilló a sí mismo haciendose obediente hasta la muerte y, imuerte de cruz!» (Fil 2,7.8). Por su parte, la que es superior a los ángeles dice, sobre sí misma: «El Poderoso ha mirado la humildad de su esclava... Por eso ha hecho en mí cosas grandes» (Lc 1,48.49).

Nuestro tiempo revela falta de sintonía con Dios, en cuanto no ama la humildad ni la obediencia, virtudes que Dios quiere ver en nosotros. (Se ha traducido el himno cristológico de la carta a los Filipenses evitando nombrar

ambas virtudes: «Se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz», Liturgia de las Horas). En esto se cumple especialmente que «los pensamientos de Dios no son los de los hombres» (Mt 16,23). Ante Dios los honores humanos serán invertidos: «Todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado».

Por otro lado, observando la cualidad de los invitados, Jesús da un consejo al que lo había invitado: «Cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden corresponderte, se te recompensará en la resurrección de los justos». Es una sentencia que debió tener particular eco en ese ambiente de fariseos, porque ellos se distinguían, como hemos dicho, por su fe en «la resurrección de los justos». Lo repite Jesús en la parábola del juicio final, en que la sentencia de quienes han dado de comer a los hambrientos y de beber a los sedientos será esta: «Vengan, benditos de mi Padre, reciban la herencia del Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber... Cuando lo hicieron con uno de estos hermanos míos más pequeños lo hicieron conmigo... e irán los justos a una vida eterna» (Mt 25,34.35.40.46).

Con razón, después de que Jesús formuló esa bienaventuranza –«se te recompensará en la resurrección de los justos»– uno de los presentes exclamó: «Bienaventurado el que coma en el Reino de Dios». Jesús nos he revelado el modo de gozar de esa bienaventuranza.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez Obispo de Santa María de los Ángeles